



# DIÁSPORA

***“Caídos cual almendro burraquero  
en cualquier lugar del mundo”***

**E**l Bonillo como pueblo de interior, al igual que tantos pueblos de España, fue notablemente afectado por el éxodo rural producido en la década de los años 50 y siguientes, dejando calles vacías y sus campos. Si los años 50 supusieron el culmen de población de la localidad llegando casi a los seis mil habitantes a mediados de la década, en las siguientes décadas el proceso migratorio hacia poblaciones limítrofes, por orden de llegada: Valencia, Alicante, Barcelona, Castellón, Madrid, Baleares, Bilbao, Francia y Suiza, fue masivo.

La década de los 50 dejó atrás, con borrones, la escasez, hambre y pobreza vivida en la posguerra. Atrás quedaron las cartillas de racionamiento, las colas del Auxilio Social para conseguir un plato de berzas de los que despachaban las jóvenes de la Sección Femenina, el potaje de pobres elaborado por la Hermandad de Jesús Nazareno el día de Viernes Santo y el reparto de víveres y ropa en forma de caridad dado por los miembros de la Acción Católica. Ahora, una población joven, inerme e indefensa tras los años de hambruna, sin expectativa alguna, frente a una progresiva mecanización de las tareas del campo que mermaba la necesidad de manos para las faenas agrícolas, con grandes carencias por falta de trabajo, buscaba una salida como medio de vida: la emigración en definitiva.

El Primer Plan de Desarrollo Estatal tampoco sirvió para incrementar el crecimiento económico del pueblo, ni estabilizó a la población en el terruño de origen, todo lo contrario, animó a las capas sociales más desfavorecidas al abandono de la tierra, tal es así que hasta desaparecieron los tímidos movimientos migratorios ocasionales de temporada a las provincias mediterráneas: a Murcia para la campaña de la conserva y la recogida de algodón, a Alicante, Valencia y Mallorca para la construcción o trabajos de hostelería, a Francia para la vendimia y a Jaén para la recogida de aceituna, pues si bien es cierto que los que marchaban era con objeto de ahorrar para pasar los duros y largos inviernos, no es menos cierto que sus salidas rompieron el aislamiento de una población rural no acostumbrada a salir y dejar el terruño de origen, abriendo así las puertas, en las siguientes décadas, a una población activa que dejó a El Bonillo bajo mínimos por falta de oportunidades. La emigración castigó duramente a nuestra comunidad, más de medio

millón de castellanos manchegos dejaron su tierra entre 1950 y 1970, y la comarca de Alcaraz mermó su población cerca de la mitad de sus habitantes, germen o semilla de ese éxodo que ahora llamamos la España vaciada o la España vacía.

Fue a finales del año 2015 cuando el Presidente de la Peña de Amigos de El Bonillo en Alicante, Luis Martínez Calero, me invitó a compartir un día de convivencia con la colonia de bonilleros afincados en Alicante, y desde entonces hasta tres veces he estado con mis amigos de la Peña en su ciudad de adopción. Esta última vez fue el pasado febrero, tras un ardid del amigo Cástulo Gil, astuto e ingenioso Basilio salido del Quijote, que forzó un inesperado encuentro en la Plaza de la Santa Faz, donde “coincidí” (si se puede decir así), con él y un grupo de paisanos: su mujer Mari Carmen, Dolores y su esposo Santiago Chirales (Sancho en la ínsula Barataria) y Saturnino que pone voz a mis textos, tras un “improvisado” viaje a Lucentum. Allí, como no podía ser de otra manera, hablamos de la diáspora bonillera y de los puertos en donde arribamos, como en los versos de Machado, **“He andado muchos caminos,/ he abierto muchas veredas;/ he navegado en cien mares,/ y atracado en cien riberas”**, caídos cual almendro burraquero en cualquier lugar del mundo, sin importar el remite. Allí hablamos del pueblo de nuestra infancia, de nuestra patria chica, de lo que nos une y de lo que nos dispersa, del lugar donde año tras año volvemos para abrigar la nostalgia, sin hacer caso alguno al poeta, **“Donde fuiste feliz alguna vez/ no debieras volver jamás”** -Félix Grande-.

Aprovechar estas líneas que me permite el Boletín de Noticias para mostrar mi más sincero agradecimiento a Cástulo Gil y Mari Carmen, Luis Martínez, Clemencio y Angelita Gil, Antonio Garvía y Mercedes, Santiago Rubio y Dolores, José Antonio Martínez,..., a su Junta Directiva, a mis amigas y amigos de la Peña de Amigos de El Bonillo en Alicante por un inesperado e inmerecido reconocimiento, por el trato y atención siempre dispensado a éste que aprendió a juntar letras en las mismas escuelas de san Antón y de las Balsas a las que todos fuimos, que jugó en las mismas calles y plaza donde todos corrimos, donde la felicidad se mezcla con la añoranza, porque tal como canta el sevillano Beret, ahora sí, **“Donde fuiste tan feliz siempre regresarás/ aunque confundas dolor con felicidad”**.

